



# Sentires en lengua materna

edición N°3

“Porque ahora  
sabemos que la lengua  
es simplemente de  
quienes la hablamos,  
también de las  
mujeres.”

*Ana Mañeru Méndez*



# Palabras preliminares

Por Andrea Franulic Depix



Cuando una práctica comienza a ser nombrada y reconocida es porque genera sentido. Es el caso de esta publicación del electivo de Lingüística Feminista: “Sentires en lengua materna”; un título que nació de la primera generación de estudiantes con quienes realizamos este proyecto creativo. Mientras la publicación tenga sentido para ellas y ellos, seguirá alumbrada por el deseo libre y no necesitará de nada más. La invitación es siempre a escribir en lengua materna. Así de simple. No obstante, en la universidad, es una invitación desafiante, ¿Cómo escribimos desde la propia experiencia sin perdernos en lugares comunes? ¿Cómo nos inscribimos en nuestras palabras sin escondernos en usos despersonalizados? ¿De qué manera las palabras pueden brotar del propio cuerpo como un manantial que humedece las páginas, permitiéndonos mirar a través de ellas?

Este tercer número está especialmente dedicado a quien nos enseña la lengua materna, a la madre concreta de cada una. Además, en esta ocasión, la clase estuvo conformada solo por mujeres. Por lo tanto, no solo fue oportunidad para restituir la autoridad materna, sino también para poner en el centro la relación de la madre y la hija. Darles lugar en la escritura a nuestro origen femenino y a esta relación nuclear, produce movimientos tectónicos imperceptibles, al mismo tiempo que irreversibles, en la cultura androcéntrica, que se ha cimentado durante milenios en la usurpación y absorción de la energía creadora y la fuerza significativa que surgen de este origen y de esta relación. Qué mejor ejemplo de esta realidad que el hecho de que la universidad se autodenomine “alma mater” cuando lo que está más ausente del conocimiento es, precisamente, la obra materna.

Así, mis alumnas, futuras profesoras de Lengua y Literatura, han puesto lo mejor de sí en esta publicación “de hijas a madres”. Han tomado este proyecto en sus manos y lo han concretado con amor e inspiración. Yo solo he dado el impulso inicial y ellas me han devuelto un tesoro; un tesoro que es, asimismo, para toda la comunidad. Me siento agradecida como una madre. Ser profesora es en buena parte ser madre, pero más fácil, sin las asperezas que tiene el ser madre de verdad. Una solo encarna la vivencia más luminosa, si la sabe poner en juego aunque no siempre resulte. Me refiero a hacer crecer y a dejar volar. Un profesor también puede educar desde el orden simbólico de la madre y no desde el (des)orden androcéntrico si así lo decide porque se acepta como un nacido de mujer, junto a toda la fuente inagotable de significados que esta aceptación conlleva.

El tercer número de “Sentires en lengua materna” ha emprendido su propio vuelo. Las alas de mis estudiantes están impresas en sus palabras, prestas a llenar el mundo con sus fecundos mensajes alados. Podemos mirar a través de ellas los sedimentos de una cultura que ha negado el origen materno de la vida y la humanidad, y podemos mirar el hilo sedoso que atraviesa la historia singular de cada relación entretejida a una genealogía femenina ancestral, que susurra al oído atento una verdad irreductible que solo una madre puede decirle a una hija. Se oye como cuando la mar brama muy a lo lejos y, solo si nos concentramos, sentimos, en el trasfondo de una noche silenciosa, el sonido ronco y subterráneo de las olas, ese sonido planetario que nos remece y nos transporta, ¿La logran escuchar?





Andrea Issis Javiera Leyra Agatha Fernanda



Daniela Martina Valentina María José Sofía Nayaret



“¿Pero dónde queda, para nosotras, lo imaginario y lo simbólico de la vida intrauterina y del primer cuerpo a cuerpo con la madre? ¿En qué noche, en qué locura quedan abandonados? Y la relación con la placenta, esa primera casa que nos rodea y cuyo halo transportamos por todas partes, cual una seguridad del primer momento, ¿cómo se representa esta relación en nuestra cultura?”

*Luce Irigaray*



## Inés Alejandra Encamilla Díaz



Inés se mueve como el viento; su actitud y creatividad son tan fugaces como su organización al decir las cosas. Te enseña a estar muy atenta, ya que en cualquier momento puede cambiar de tema. Es tan extravagante que hasta tiene nombre artístico: todas la conocemos como Vicky. Tiene grandes ideas y una visión sobre la humanidad muy arraigada. Disfruta tanto de un lomo a lo pobre como de un simple pan con mantequilla, saboreándolos como si fueran el mejor plato del mundo. Tiene facilidad para hablar con las personas, aunque a cada una de ellas le invente una vida diferente. Es un ser sensible que aún cree en la humanidad y vive cada día como si fuera el último. Puede hacer una obra de arte con una simple bolsa de papel y goza de los colores vivos y de las largas conversaciones. Su característico aroma a tabaco y perfume capta todos nuestros sentidos al momento en el que ella ingresa a la habitación.



# Carta a mi madre

## Por María José Necochea Encamilla

Mi mamá mañana, o sea el 21 de enero, cumple 64 años. Me tuvo cuando tenía 40 años y creo que no alcanzó a sentirme tanto en su embarazo, porque se enteró que estaba embarazada a los cuatro meses y yo nací al séptimo mes, tiré la pata por su vulva y de ahí que todo fue más caótico. Pero de todas formas ella sabía que yo estaba, y que tendría que ser valiente para tenerme porque todo el mundo le decía eso.

Ella siempre me repite que soy el fruto de su amor porque de la única persona que se enamoró es de mi papá, con quién estuvo hasta que cumplí seis años, luego ya pasaron cosas que no vale la pena recordar.

Mi mamá para mí siempre huele a colonia *Avon Crystal*, a una combinación de cigarros *Pallman* azul y a su pelito ruliento mojado todo chascón, ese que entre que está amarrado y no. Y ahora que estoy en mis 23 años, recuerdo que yo también paso agarrándome el pelo de la misma manera, que tengo los mismos gestos que ella, que el dolor ajeno me duele de la misma manera que a ella le duele, que muchas veces se siente incomprendida por mí y por mis hermanas porque a veces se nos olvida que además de mamá es mujer, y que es mi mamá.

Mi mamá se llamó Inés por su santo, pero todo el mundo le llama Vicky. Cuando chica yo pensaba que era su nombre artístico y que tenía dos mamás, pero luego recordaba que mi mamá siempre era como su nombre artístico: Por ella aprendí que cuando colorear puedes salirte de las rayas, yo siempre rabiaba con ella cuando chica porque me decía que me iba a ayudar en mis trabajos de artes y sus dibujos eran demasiado abstractos para mi profesora en ese entonces, pero esto luego me ayudó a comprender que está bien salirse de las rayas, total nadie es quien para decirte qué cosas hacer y cómo.



Mi mamá Vicky también es abuela, abuela de mis tres sobrinos y de mi perrito Garu, quienes también a veces no comprenden que ella es muy buena, que cuando algo está mal puede hasta salvar el mundo con tal de cambiarlo. Ellos no escuchan a mi mamá a diario cuando se sienta al desayuno porque creo que creen que se queja mucho, y en verdad el mundo es demasiado hostil para mi mamá, o eso es lo que creo yo.

Con mi mamá tenemos una historia frágil en diversas etapas, y entre más crezco, más la comprendo. Tuvimos que cambiarnos de casa un montón de veces, entre eso perdíamos cosas importantes. Un día tuvimos que salir de una casa y lo único que agarró fue mi osita, hasta el día de hoy saluda a mi osita porque sé que la quiere y tengo certeza de eso. Luego, mi mamá me decía que las cosas son materiales, que vuelves a recuperarlas y que no hay que achacarse tanto por eso y tiene razón. Cuando viajé por primera vez, quise hacerlo de nuevo y una y otra vez, y comprendí que mi mamá no me ató a nada, porque me dejó ser libre dentro de todas sus enseñanzas.

Mi mamá tiene su propia historia, la cual he tratado de entender cada vez que puedo, aunque a veces me frustra porque pareciera ser que mi mamá no me quiere contar o al menos no en esta vida. A veces pienso que soy más parecida a ella de lo que creo. Hace poco le preguntaron qué habría estudiado de haber podido, y confesó que le habría encantado ser profesora. Hoy yo estoy a un solo paso de lograrlo por las dos. Mi mamá me abraza cuando sabe que estoy mal, cuando llego a nuestra casa llorando porque el mundo a veces suele ser demasiado cruel con las personas sensibles como ella y yo.

Me gustaría decirte que te amo todos los días, y te pido perdón si en este momento no lo hago tanto como mereces. Pero quiero darte las gracias por prepararme el desayuno cada mañana, y por decirme siempre, tanto en persona como por mensaje, esas cosas hermosas que nadie más me dice.

Te amo muchísimo.





## Alejandra del Pilar Arriaza Zalá



Alejandra es hija de Tany, mamá de Martina y Sofía. Es periodista de profesión, profesora de alma y arquitecta de su vida y de quienes ama. Se rodea de bellas personas, que han tenido la fortuna de encontrarla y disfrutar de su risa, de su cuidado, de sus palabras y de su luz. Siempre la puedes encontrar en un abrazo, en una lágrima emocionada, en una comidita para el camino o en un consejo. Está en el color rojo, en la radio Bío Bío, en largas conversaciones por teléfono, en una taza de té, en una canción de Silvio, en la solidaridad de su tiempo, en la ortografía perfecta y en el sonido del viento. Sus ojos color miel, su sonrisa, su pelo ondulado, sus aritos que la decoran y las blusas de colores vibrantes la hacen una mujer preciosa cada día. Mi mamá es alegre e irradia primavera. También es cómplice de sueños de la gatita más linda del mundo, con siestas calmadas con películas de fondo. Alejandra es tantas cosas bellas, que cada persona que me habla de ella lo hace con admiración, pero no con tanta como la que yo siento por ella. Me encantaría describirla eternamente, para que sepan lo hermosa que es, pero mejor les dejo la expectativa sobre esta mujer extraordinaria.

# Sofía ALEJANDRA Andrade ARRIAZA

Por Sofía Andrade Arriaza

Escribí este pensar desde mi letra como lo hace mi mamá en sus cartas. Recuerdo cuando me enseñaba a escribir y yo molesta lloraba por cada vez que me borraba o arrancaba la hoja del cuaderno college. Hoy entiendo que formaba a una niña, a una mujer que, al igual que ella, siempre da lo mejor de sí misma y corrige todo aspecto para ser mejor por ella y para las demás. En un tiempo que fue hace mucho, no entendía tantas cosas de mi mamá, pero que hoy cobran sentido al habernos convertido en algo más que madre e hija, sino en amigas, confidentes y compañeras de este lindo y difícil viaje de ser por primera vez mamá e hija mayor. No comprendía sus preocupaciones, el cuidado de sus palabras, sus molestias, sus lágrimas de emoción o tristeza, sus noches en vela, su exigencia, sus contratiempos, su organización, algunas decisiones, y podría seguir. A día de hoy la comprendo casi en su totalidad, no sólo como mamá; como hija, amiga, hermana, trabajadora y mujer. Y por cada una de sus facetas, que demuestran resiliencia, inteligencia, intuición, instinto y sentimientos tremendos, la admiro de una forma inconmensurable. Admiro su forma de entregar amor, solo de la manera que ella puede verse cansada y aún así estar ahí para quién la necesita.

Admiro que cada día de su vida, desde tan pequeña, ha luchado por ser mejor, por superarse, por encontrar orgullo en los ojos de su familia, de sus amistades y de ella misma. Admiro su capacidad de pensar en el futuro y haber sabido qué decisiones tomar para darle un cálido nido a sus hijas y familia, para tener una bonita vida, para ser querida y admirada por quienes la rodean.



Aunque en sus palabras haya arrepentimientos, penas, críticas y culpa, pienso en todo lo que ha formado, en las cosas que tuvo que vivir, en los momentos donde tuvo que hacerse responsable cuando nadie más quiso hacerlo, en las injusticias, en las penas más grandes, en cómo enfrentó cada situación desde el cariño y el bienestar de todas. No puedo compartir esas críticas y culpas que se echa encima, sabiendo todo lo que ha cargado sobre su espalda. Esa misma espalda que hace tres años y unos meses tuvo que tener horas de intervenciones por haber teñido daños, presiones, desvíos y dolores.

Ese día fue un nuevo comienzo para ella, para todas. Pudo vivir gracias al abrazo de sus personas más amadas: su mamá, su abuela y su amor. La trajeron de vuelta, pero esta vez como un pilar nuevo, sin daños, sin presiones ni dolores. Y agradezco tanto poder vivirla así, disfrutar que mi mamá puede hacer su vida por primera vez, sin depender de otras personas, sin cargar con pesos ajenos. Como si esa operación hubiera iluminado de nuevo su esencia, sus motivaciones, sus anhelos y pensamientos.

Su segundo nombre es “del Pilar”, al igual que su mamá. Y no lo veo como una coincidencia, ya que son las mujeres que guiaron a sus familias, las sostuvieron pese a la tempestad, las contuvieron incluso cuando ellas no tenían quien las contuviese, las llenaron de ternura en un mundo tan doloroso. Pese a que no es el nombre que porto, el mío es Sofía Alejandra. Alejandra, como el nombre más precioso que conozco, el que cuando lo escucho pienso en fuerza, importancia, valentía, amor y en mi ejemplo en esta vida. Desde hace cuatro años que estamos separadas por la distancia, pero unidas más que nunca. Esa distancia que nos ha enseñado lo mucho que nos necesitamos la una a la otra, de lo linda que es la vida cuando estamos juntas.

El día de mi primer cumpleaños que no estaría mi mamá para abrazarme y besarme a medianoche, lloré. Lloré, cuando ese mismo día me preguntaron cuál era mi poema favorito. Canté con ríos en mis ojos la canción de Silvio que mi mamá me había cantado para dormir desde que tengo memoria, cuál canción de cuna:

*El que tenga una canción, tendrá tormenta.*

*El que tenga compañía, soledad.*

*El que siga buen camino tendrá sillas*

*Peligrosas, que lo inviten a parar.*

*Pero vale la canción, buena tormenta,*

*Y la compañía vale soledad.*

*Siempre vale la agonía de la prisa,*

*Aunque se llene de sillas la verdad.*



Ha tenido tanto sentido esa canción, desde que puedo entenderla, ya que habla de todo lo que mi mamá me ha enseñado: la vida tiene luces y sombras, amores y desamores, sacrificios y caricias. Pero también recompensas, en una vida que debe aprender a salir adelante y no caer en la tentación de darnos por vencidas, porque para eso nos criaron mujeres fuertes, para serlo también. Agradezco encontrar en mí rasgos de ella: en mis facciones, en mi voz, en mis sentimientos, en mis manos, en mi entrega, en mi amor hacia las demás, en mis adornos, en mis ropas, en mi inteligencia, en mi relación con las personas, en mi reacción ante lo injusto, en mi resiliencia y en cada parte de mi cuerpo que siente y se mueve como mi mamá.

Deseo desde el fondo de mi alma ser al menos la mitad de madre, de hija, de amiga, de hermana y de mujer, de lo que ella ha sido. Lo ha hecho tan bien, que por ella este linaje femenino lleno de fortaleza y amor continuará en mí, en mi hermanita, en mi hija. Quisiera que estuviera toda la vida a mi lado, porque es mi pilar, mi mejor amiga, mi ejemplo, mi escucha, mi luz, mi profesora y mi amor más inmenso; mi mamá.


*[...] Gracias por tu confianza, por creer en mí, de la misma forma en que lo hiciste contigo misma. Te acompañé desde que era chiquitita como una pepita de ají, y toda la vida tendré el corazón grande para amarte a ti.*



**Mariela Elizabeth Pino Pino**



Mariela es una mujer carismática que siempre llama la atención, ya sea por su actitud, la seguridad que proyecta o el humor que tiene. Posee un carácter fuerte y decidido: no teme decir lo que piensa, tiene claridad sobre sus objetivos y se esfuerza constantemente por conseguirlos. Sin embargo, más allá de esa fortaleza, Mariela también destaca por su gran corazón. Es una persona generosa, capaz de tender la mano a quien lo necesite y de brindar apoyo tanto a su familia como a quienes forman parte de su entorno, incluso si no son cercanos. Reconoce su propio valor, pero también es capaz de ceder y priorizar la tranquilidad y felicidad de los demás. Su fe es un pilar importante en su vida, y la expresa a través de sus acciones y palabras. Mariela también es una mujer profundamente valorada, respetada y, sobre todo, amada.



## Mariela y Mamá, nombres propios

Por Martina Castro Pino

Cuando era niña y me portaba mal, mi mamá me decía “Yo no me llamo Mamá, me llamo Mariela, así que cuando querai algo me decí’ Mariela”, lo cual ahora me produce risa, pero en ese momento era lo más frustrante y horrible que mi mamá me podía decir. Porque a pesar de ser un nombre común y que comparto con tres hermanos, de cierta forma lo volvía propio.

Desde niña he sentido una fuerte conexión con mi mamá, siendo la única hija de la familia, hemos forjado un lazo fuerte que ha atravesado tormentas, pero nunca se ha desarmado. Para mí, mi Mamá y Mariela son dos nombres propios que solamente ella puede cargar; Mariela es una mujer que desde niña ha tenido que ser fuerte y valerse por sí misma, Hija de una madre soltera que siempre tuvo que trabajar. Mariela enfrentó muchos desafíos por sí sola, siendo uno de ellos ser mamá joven a los 16. Mi mamá también es una mujer fuerte. Quién, a pesar de todo, puede ser madre y, a la vez, mujer sin postergarse, aunque ante sus ojos sí lo hizo. Pero para los míos, no fue así, porque luego de ser madre joven y tener cuatro hijos, hoy en día es una mujer resiliente, inteligente y con la capacidad de sobreponerse a diversas adversidades.

Se supone que a Mariela no la conozco mucho, la he escuchado en las mil anécdotas que mi mamá me cuenta “cuando era niña, mi abuelito...”, pero a mi mamá la conozco desde siempre, desde los gestos de amor de pasar toda una noche haciendo sandwiches para que yo pudiera compartir con mis compañeras, o hasta los chistes que me hacía como cuando comía huevos duros y me decía “si seguí’ comiendo huevos duros, vai a quedar ahuevonada” y yo me lo creía, pensando que mi cabeza poco a poco se transformaba en un huevo.

Y a pesar de hablar como si fueran dos personas, la verdad es que son una y la puedo apreciar todos los días; a Mariela la observo cuando nos quedamos hablando hasta las 4 AM, la observo cuando no podemos más de la risa que tenemos que golpear la mesa, la observo cuando se pone mecha corta y se amurra y también cuando está en un grupo de personas y destaca. Y también veo a mi mamá, la puedo ver cuando me abraza, cuando deja de lado su trabajo para cuidarme, cuando trasnocha para ayudarme con cualquier cosa, cuando se esforzaba por hacer el trabajo más lindo y bacán para que yo sobresaliera en el colegio, cuando escuchaba los cuentos que yo escribía de niña, y cuando no hacía las tareas, me retaba y vigilaba para que las hiciera, prohibiéndome ver *Disney JR*; en definitiva, insistió en mis estudios y formó a la mujer que soy ahora.

A mamá la veo con mucho cariño y amor, un amor que decido, no uno que se me imponga. He sabido reconocer a Mariela y a mi mamá; he visto a Mariela ser madre y también la he visto ser mujer, ha sido mi amiga y, en algunas ocasiones, mi enemiga. Hoy en día, me doy cuenta de la incondicionalidad de su amor de madre, gracias a su ser mujer, y esto no quiere decir que no cometa errores. Mariela-Mamá me ha demostrado lo que significa ser amada sin tener que decir “te amo”, sino transmitirlo a través de un abrazo, una visita, un chiste, una anécdota, un reel, una foto, un “que el señor te guarde, que el señor te bendiga”, una llamada, incluso una pelea, un mensaje y el estar presente cuando una más la necesita.

También la observo a ella cada día al verme al espejo, la logro observar, apreciar y amar. “Oh! Son igualitas, parecen gemelas”, “tú eres pura mamá”, “son iguales”; son frases que he escuchado durante toda mi vida, frases que antes me molestaban porque eran constantes, pero que hoy día me alegran, me alegra ver sus ojos rasgados en los míos, su nariz puntiaguda, sus pómulos marcados y su pelo. También la veo en la ropa que decido ocupar, que casi siempre es la suya, o en los accesorios que me pongo, la veo cuando me enojo o cuando explico algo desde lo corporal y no desde la palabra misma, la veo cuando “tiro tallas”. La puedo ver, la observo, a ella, a Mariela, a mi mamá y la nombro para hacerla parte de mi experiencia y de mi vida, y hago de su nombre un nombre propio.



## Elizabeth del Carmen Cortés Martínez



Elizabeth es una mujer que elige la dureza para sostener, sin temblar, la mochila que carga en su espalda. Ama el azul y lo brillante, porque en ella aún desborda un aura de infante. Pero que no te engañe: también habita en su interior una rudeza sin límites, como esa música de rock feroz que vibra y la atraviesa. Prefiere los días de frío, aunque le duelan los huesitos, porque en ese clima encuentra una calma que la envuelve. Le gusta el té hirviendo, las maratones de películas y esos silencios que dicen más de lo que parece. Adora la fruta, como quien muerde un recuerdo, y siempre añora esos árboles frutales que la devuelven, por un instante, a su infancia. Siempre tiene algo que decir; la palabra en ella no se agota. Es un don que fluye y que orienta. Su calidez vive en su cuerpo y en su voz, y desde ahí guía, como una sabia, incluso a quienes caminan perdidos. Su cabello dorado cae con rulos escasos, pero libres, tan versátiles como su propia esencia. Y a su lado, como un reflejo de lo que es, la acompañan una gata arisca y una perra dócil, equilibrio perfecto entre lo indomable y lo tierno. La palabra que mejor la define es brújula, porque aunque el mundo se desordene y los caminos se vuelvan inciertos, ella siempre sabe hacia dónde ir...y en su andar, sin proponérselo, también ilumina el rumbo de los demás.

# La casa de las damas

## Por Daniela Rubilar Cortés

Mi casa está llena de damas: mujeres y niñas.

Todas acarreamos el hogar. Levantamos el almuerzo, levantamos las camas y la mesa; levantamos a la perra y a la gata, porque sí, también son unas chiquillas: más locas aún y la fiesta de la casa. A todas nos encanta estar, sin ningún tipo de ente ajeno que nos eclipse, porque aunque lo queremos, esperamos que esté más lejos que cerca.

En nuestra cotidianidad siempre salimos juntas. Nos gusta vitrinear y reírnos de los recuerdos de la infancia. Nos gustan los días de feria y odiamos los días de la semana, porque la matriarca se desaparece inundada en la pega en turnos que la exprimen sin preguntar si puede. Igual pensábamos que se había pasado el rencor a la pega –porque no es su culpa que seamos tantas y pobres periféricas– pero nos da rabia que trabaje y trabaje sin que le den lo que se merece. Yo creo que tres millones, por lo mínimo, debería ser la paga con todo lo que hace, pero bueno, el trabajo de las mujeres pobres casi nunca vale lo que cuesta.

La matriarca es Mamá, la que siempre ha estado.

Ella desde siempre, nos bañó en respeto, nos protegió de los juiciosos y nos acompañó en todo camino.

Mamá siempre nos ha cuidado. No siempre fue de la mejor manera, pero no la culpo, no es fácil sacar tres niñas adelante sin ningún partner. A veces pienso que fue mejor así, pero otras veces el peso de lo que faltó se hace sentir.

Aun así a Mamá le costó mediar entre el amor y el trabajo, la soledad se resintió y nos volvió duras por un tiempo. Pero a pesar de la escasez de abrazos, contención y cobijo, lo estamos sanando juntas, hasta ahora. Porque no era desinterés, era un cansancio abominable.

No todo se repara, pero se aprende a estar.

Y estamos.





Esta casa de damas es una trinchera afectiva. Sigue funcionando porque existimos y aprendimos a sostenernos sin rompernos.

Porque finalmente también heredamos una forma de querernos. No siempre es suave, pero sí persistente. Aprendimos a estar cerca sin decir todo, a acompañarnos sin preguntar demasiado y a entender el cansancio ajeno como propio. En esta casa el amor no siempre tuvo tiempo para explicarse, pero nunca dejó de hacerse presente en lo concreto: en la comida, en la espera y en el quedarse incluso cuando ya no quedaban fuerzas.

Hoy seguimos viviendo desde ahí. No como promesa ni ejemplo, sino como una continuidad más silenciosa. Se levanta la casa todos los días, con roces, diferencias y con afectos que no siempre se saben nombrar. A veces logra volver la rabia, el agotamiento, pero no nos soltamos. Porque la casa no se sostiene por el cemento que hay, sino por las mujeres que se quieren quedar. Y quedarse es nuestra mayor muestra de complicidad, un amor divino, ese que da sin esperar algo a cambio. Ese amor que es tan silencioso como bullicioso, pero por lo demás es eterno.

Puedo decir que Mamá nos trajo, nos dio vida, nos dio la lengua, la visión y la conciencia. Cosa que no siempre se tiene en cuenta, pero ella me hizo ser quien soy, con lo bueno y lo malo, porque sino no existiría el equilibrio.

Es por esto que le agradezco, y que por eso me esfuerzo, por eso vivo, sigo y florezco. Porque cualquiera puede llamarse familiar, pero solo ella me dio una familia y la gran bendición de amar. Y yo solo sé amar porque existe esta gran Mamá.

Al fin y al cabo, esta casa de damas tuvo su momento de oscuridad, pero nunca se cayó mientras ella estuvo a nuestro lado, guiando, amando y, por supuesto, siempre emanando autoridad.

“Es así como el origen del sentido es el origen de la lengua materna y nace del sentir de dos cuerpos en relación, constituyendo la estructura semántica profunda de toda lengua que se habla en el planeta”

*Andrea Franulic Depix*



**Sofia Paola Salinas Lobos**



Sofia tiene el alma pura y, cual niña, vive soñando bajito, apreciando las pequeñeces y grandezas que la vida le regala. No le gusta el invierno porque dice que le trae penas; y cómo no, si ella es todos los colores de la primavera. Tiene las manos cálidas y las palabras justas. Tal como su nombre lo anuncia, es una mujer sabia: su fortaleza es limpia y firme y, aunque a veces parezca de hierro, guarda la delicadeza de las hojas de otoño, que se tiñen de verde para su cumpleaños. Sofia ama las baladas románticas, tejer y tomar té con agua hirviendo. Es Libra: apasionada, inspiradora y resiliente. Y aunque podría decirse mucho más de ella, Sofia no necesita demasiadas descripciones, porque si tienes la fortuna de conocerla, entenderás que en ella habita, sencillamente, todo.

# Donde termina tu nombre, empiezo yo

Por Javiera Mendoza Salinas

Sentada a la mesa común de una casa sepultada por el sol que asfixia las paredes, observo tus ojos café intenso. Me juzgan. Llego tarde a la once y el pan se ha enfriado. «Va a tener que poner el tostador de nuevo», te digo. Silencio. No respondes. Te sirves el té con esa parsimonia que me desespera y, por fin, suelto la pregunta cual papel: «¿Por qué mi segundo nombre es Sofía?». Das un sorbo, me miras y me contestas que querías que llevara un pedacito de ti conmigo, siempre.

Me brota una risa; una risa irónica, ácida, cargada de palabras demasiado pesadas para la niña de cinco años que fui. Una risa que camufla la tinta con la que taché mi propio nombre en el diario, anotando aquellos por los que planeaba cambiarlo apenas cumpliera dieciocho. Una risa que disimulo porque, en el fondo de la escena, el pan se está quemando. Lo cotidiano siempre fue así: un parpadeo efímero entre el reproche y el fuego que tempera un hogar.

Darte gracias nunca me nació; fue un guion impuesto. Durante años oculté mi nombre tras una “S” muda y sepulté el apellido que me diste. Era mi forma de rebelión por las dietas de abrazos, por la escasez de mimos y ese tiempo tuyo que nunca me perteneció. Era mi venganza por las veces que destruiste la caligrafía de mis cuadernos exigiendo números, cuando yo solo quería moverme entre las letras. Me dejaste crecer cual planta silvestre que debe fabricar su propio néctar, convencida de que era lo suficientemente fuerte para sobrevivir a cualquier estación con tu presencia momentánea.



Pero hace poco imaginé a la otra niña: a ti. Vi lo difícil que fue coserte las alas y hacer eco de tu persona a los cinco años, la misma edad en la que yo quería arrancarme de la tuya. La misma edad en la que tú suplicaste volver a cobijarte en los brazos de Gloria, de quien dicen heredé el cuerpo y la mirada. Y quizás es la reencarnación lo que nos mantuvo siempre tan distantes, tan indiferentes a la existencia de la otra, como si vernos fuera un espejo demasiado cruel de presenciar. Porque no fui lo que esperabas. No hubo un Pedro Pablo ni un Juan Pedro; hubo una Javiera Sofía. Fui una habitante fantasma en las murallas de tus huesos, una presencia que advertí inadvertida desde mi propio capullo.

Ahora lo entiendo. Te prometo que ahora entiendo el peso de cargarme en brazos antes de haber podido cargar un diploma con tu nombre. ¿Fui el ruido que interrumpió tus sueños o, desde que llegué, tuviste que obligarte a dormir para no mirar lo que perdías?

Hoy te observo con una nostalgia empapada de lamentos por pensar en las voces de otras hijas, en las respuestas de otras madres, y me pregunto si alguna vez seremos capaces de habitarnos así, sin escudos. No quiero ser tu copia, ni el eco de tus gustos y pasatiempos, aunque a mis veintitrés años me descubra viviendo tus mismos pasos. No quiero ser «la hija de», ¿me entiendes? Tú misma me enseñaste a demarcar mi propia existencia.



Entonces regreso al bucle y vuelvo a preguntarme: «¿Para qué me llamaste Sofía, Sofía?». Y hoy ya no me respondes. Solo bromeas, dices que puedo cambiarlo cuando quiera, que no te importa. Pero tus ojos cafés se empañan, y no es por el sol sepultado en las paredes de la casa que rodean la mesa común en la que estamos sentadas, tampoco es por el humo que dejó el pan quemándose en el tostador, ni por el vapor del té recién servido. Es el lamento de haberme entregado un pedazo de tu alma sabiendo que, quizás, para mí no significaba nada.

Sin embargo, aquí estoy. Soy un trozo de Sofía Paola, de Gloria Esmeralda, de Victoria Esmeralda, y Aída Margarita. Soy el prelude de Isidora Valentina y Victoria Agustina. Y de mi vientre nacerá Amalia Elizabeth. Y nunca seremos la copia de ninguna, ni el retrato vivo de aquella que ya no está para presenciar la travesía de nombres. Osadía y rebeldía de nombres repetidos en cuerpos que jamás se conocieron, pero de vientres que comparten la misma sangre.

Nunca entenderé del todo por qué elegiste Sofía. Y aunque mi boca se resiste a soltar un «te amo» frente a ti, me llena el alma saber que compartes conmigo un pedacito de la tuya, tallada con las letras de todas aquellas que te preceden y sucederán.

Por otorgarme la eterna primavera y la sabiduría,  
te lo dejo por escrito:

Te amo, Sofía, a quien toda mi vida he llamado  
mamá.





Cecilia Barra Fuentes



Cecilia tiene una gran creatividad que la hace capaz de cumplir todos sus sueños. Con un corazón enorme y una sensibilidad especial te da un abrazo y las palabras precisas. Sin embargo, lo más lindo de ella, a parte de sus ojos profundos, es su honestidad que la diferencia de cualquier otra madre en el mundo.



## Cecilia con C de cariño

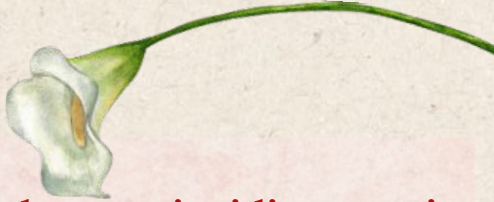
Por Issis Soza Barra

Había una única luz prendida en la casa a las 12 de la noche en temporada de invierno, y esa era la del taller de mi madre. Ella sabía muy bien que lo que ganaba por cada costura no era suficiente, entonces duplicaba sus horas de trabajo hasta tener las yemas de los dedos sutilmente cortadas y los pies congelados por el frío.

Era costumbre en ella ese cansancio satisfactorio de darle a sus hijas lo que querían, desde lo más mínimo hasta lo inimaginable. Está demás decir que todo ese sobre-esfuerzo venía de una absoluta confianza en sus manos de artesana y la magia de siempre encontrar una grieta en la que hacerse espacio. Pareciera que le faltaran horas para crear y cocer tanta herida acumulada en un solo hogar.

Cecilia siempre sabe qué decir y convierte su lenguaje en un enredo de palabras con gran carisma y gran sonrisa, sin embargo también te mira y te escucha con todo el corazón, se interesa en tus sueños y en tus miedos, y sobre todo en tus miedos porque claro que ella hallará una forma de ayudarte y hacerte ver la vida un poco más fácil.

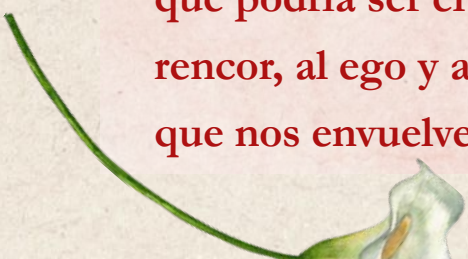
Lo cierto es que a una adolescente le es muy difícil ver estas características de su madre como algo más que un fastidio y fue inevitable sentir como acumulaba pequeños dolores en nuestro nuevo hogar de dos cuartos. Ahora vivíamos a dos calles de nuestra antigua casa y mi madre con ingenua ilusión creyó que esa distancia sería suficiente para darle una lección a mi padre y a mi hermana, pero al final del día fue más una lección a sí misma de que el amor de familia no se lo podrá sacar de su piel.



Esta nueva casa me asfixiaba en un escenario en el que coincidir con mi madre era inevitable y necesario, es decir, un problema absoluto para una Issis que solo buscaba el calor de su habitación. Mi estadía en ese lugar la recuerdo como un ciclo de autoreconocimiento infinito que siempre terminaba redimiendo a mi mamá, como un destino irrefutable de mi identidad y personalidad. Y en un intento de huir de mi mayor némesis, me encontré con el rencor creciente de la soledad infante y adolorida. Un pasado que se repite y se repite en castigo adulante a mi madre como profanadora de mis afecciones cuyas intenciones concluyen en esa irónica distancia que se profundizó aún más en un hogar solo para ella y yo.

Entonces como una gran sorpresa y casi como un golpe en las costillas, la vida (o la muerte) nos da la razón en esta tonta distancia y mi padre al cerrar los ojos para siempre transforma nuestro cariño en una incomodidad, en un enfrentamiento, en una competencia de padecer la pena más grande en una familia que se quebrantó por completo. Pero mi mamá, al igual que yo en algún punto, huyó de tal forma que nunca volvimos a tener una navidad o un año nuevo o un cumpleaños o cualquier día juntas.

De aquí en adelante para mí todo parece ser confuso, entre una profunda felicidad por no tener que afrontar nuevamente esta relación un poco tormentosa emocionalmente, pero también un amor y una pérdida casi como si sintiese que me quitan un pedazo del alma. Cecilia; con fuerza jugamos con esta lágrima entre las dos y juntas conversamos sobre lo que podría ser el adiós. Aún así, tercamente decidimos ceder a la rabia, al rencor, al ego y a la mentira, y somos cómplices de la fragilidad del tejido que nos envuelve y enreda.



Sin embargo es cosa de tiempo para percatarme a través de esa ausencia que todo lo que ocupa espacio en mi corazón se construye y se reserva gracias a ella. Me convierto en un acto de memoria: el perfeccionismo de mis ojos, las palabras al andar, el eco de algunas penas, los sabores de la nostalgia y el sueño como de aquella que no puede dormir. De todo eso, soy dueña y también es dueña mi madre.

Entonces despierto de esta pesadilla agridulce y a la tarde nos tomamos una taza de té y compartimos el sol del atardecer, como un rito, un rito con ritmo ascendente hacia el corazón. Me dice que ambas nos sentimos pequeñas ante el dolor y que todos estos mimetismos entre nosotras merecen un perdón. Y eso es lo que abrazamos, más que a nuestros corazones, abrazamos la disculpa que vimos todas las noches escrita en alguna parte de nuestras manos.

Heredar este cariño con el que ve el mundo es una fortuna y una responsabilidad de mantener su nombre como un amuleto. Y pese a la distancia de las ciudades que nos separan, puedo recordarla en cada flor de invierno y en cada postre dulce. Por un momento crecí con un dolor y supuse que ahí habitaba, pero el nombre Cecilia lo llevo en mis futuros, en mis posibilidades, en mis vacíos y en mis encuentros. Nuestros encuentros, encuentros en los que nos acurrucamos y pensamos en ese destejido de almas que agradecemos no volver a ver jamás.

Y si me quedara una sola palabra para decirle y una sola palabra para agradecerle y una sola palabra para recordarle y una sola palabra para abrazarla y una sola palabra para contenerla diría con la fuerza de dos latidos:

**Cariño.**



Viviana Calderón Rodríguez



Viviana es una mujer introvertida, cosa que la hace ver intimidante, pero en el fondo es una persona bromista (y burlesca) y amable. Es muy buena escuchando y dando consejos, es detallista y siempre recuerda las cosas importantes, aunque peca de mala memoria en el resto de las cosas. Viviana es perfeccionista y le gusta el orden y la limpieza, sin embargo, su familia no la ayuda demasiado en ello. Le gusta escuchar música y cantar a la par, pero casi siempre es cuando cocina. Se caracteriza por ser muy buena cocinera, aunque no le guste hacerlo. Es una mujer seria y le cuesta demostrar cariño, pero al conocerla es fácil identificar cuando lo hace. Es la novena hija de diez hermanos y está casada hace casi treinta años. Viviana es una persona fácil de querer, cualquiera que la conozca lo puede afirmar.

# Viviana

Por Valentina González Calderón

Mi madre siempre ha sido una mujer a la que he admirado.

Desde que tengo memoria, sé que he sido más cercana a ella que la mayoría de lo que las personas han tenido la oportunidad, a veces incluso más que el resto de mi familia nuclear. Normalmente estamos la mayor parte del tiempo juntas. A veces ni siquiera necesitamos hablarnos para hacernos compañía, solo estar en la presencia de la otra.

Eso me alegra, me gusta bastante compartir con ella.

Mi mamá es una mujer introvertida. No tiene muchas amigas, le gusta quedarse en la casa y, como yo, le gusta dormirse tarde para tener un tiempo para sí misma, como si la tranquilidad de la noche nos hiciera ser más plenas, más nosotras.

La gente suele decir que tenemos personalidades parecidas. Y sinceramente, creo que tienen razón. Lo haya hecho intencionadamente o no, robé su humor casi burlesco, su carácter tranquilo hasta que se acaba la paciencia, su odio al calor, el demostrar cariño sin mucho contacto físico y el ingenio. Pero la verdad es que también somos muy diferentes. Creo que por esto mismo me costó entenderla menos de lo que a ella le costó entenderme a mí. Supongo que tenía miedo, que las diferencias tan notorias en mí hicieran mi vida más difícil. Nunca la juzgué por eso, sin embargo, por un tiempo pensé que nuestras diferencias nos estaban separando y quise cambiar, cosa que no logré. Supongo que el deseo de hacerla sentir orgullosa nubló mi propia identidad por un tiempo.

Ahora sé que independiente de como sea yo, igual sigue estando orgullosa, diferente o no.



Mi mamá es una mujer muy esforzada. Es dueña de casa, hace mucho y no se valora tanto. A veces siento que en verdad soy de poca ayuda, ya sea por mi torpeza o a veces por flojera, pero cuando estoy más tiempo en la casa intento colaborar un poco más, aunque no siempre resulte bien. De todas formas, valoro mucho todo lo que hace y para mí, nadie cocina mejor que ella. Me funde con todas mis mañas porque juntas tenemos todas las existentes y siempre hace comida que me gusta para mis cumpleaños.

Mi mamá es muy querida, aunque a veces le cueste darse cuenta. A veces siento que duda mucho de su valor y de su espacio en el mundo, que tiene una percepción cerrada de sí misma y que muchas veces esconde su vulnerabilidad por miedo a sentirse frágil. En ocasiones se abre conmigo, no porque yo cumpla la función de terapeuta o algo, pero me gusta saber que confía lo suficiente en mí para confiarme esa parte de ella.

Es una persona cálida, inteligente y la mayor parte del tiempo sabe qué decir. Por esto mismo creo que casi todos en su vida han sido celosos y posesivos con ella, ya sea mi hermana, mi papá, sus hermanas, sus ahijados, todos peleaban por su atención, pero yo nunca lo hice. No sé por qué, pero en mi mente tiene sentido. Incluso viendo a los demás luchar por ese espacio, nunca he sentido que me pertenezca. Creo que, a pesar de no ser la persona más cariñosa del mundo, siempre ha tenido mucho amor y sabiduría que compartir, suficiente para cada persona que lo merezca.

Sé que incluso si no fuera mi mamá la admiraría, así como sus ahijadas que se funden en ella cada vez que la ven. No lo digo en un tono idealista, pero estoy agradecida de tener a la mamá que tengo.



A veces la miro y le digo de broma: Es mi mamá favorita de todas. Ella se ríe y me dice que es la única que tengo, pero pienso que dentro de todo un universo de madres me tocó a la que más aprecio.

Su nombre es Viviana Calderón Rodríguez. Tiene 51 años, nació el 10 de noviembre. Le gusta ver series, escuchar música cuando cocina, odia cocinar porque es mucho trabajo que dura muy poco, no es la persona más conversadora del mundo, pero sí es muy buena escuchando y es una de las personas más lindas que conozco físicamente hablando, aunque ella no lo vea.

Su sueño alguna vez fue ser profesora de historia.

Me gusta pensar que en parte estoy cumpliendo su sueño en mi propia docencia. Que cada vez que entre al aula, conmigo entrará Ella.





**Pamela Andrea Terán Barros**



Pamela es de esas personas que se hacen querer sin esfuerzo. Siempre anda con una sonrisa, con esa alegría que se contagia, y con un gusto especial por los colores, como si todo tuviera que ser un poquito más vivo. Ama las cosas floreadas, tiene miles de vestidos con muchos colores y flores. Es medio distraída y olvidadiza, de esas que dejan algo en un lugar y después no se acuerdan dónde, pero eso también es parte de su encanto.

Tiene un corazón enorme, perdona siempre, incluso cuando no debería. Para ella, toda la gente es buena, nunca piensa mal de los demás. Le encanta cocinar, y no lo hace en silencio, canta a todo pulmón. Y si hay algo que la hace todavía más feliz, son las galletas Tip Top, esas son sin compartir ni una migaja a los demás, porque esas le pertenecen a ella.

Pamela es así, una mujer sencilla, alegre, un poco despistada, pero con un corazón que no le cabe en el pecho.

# Receta para no olvidar

## Por Agatha Pérez Terán

Siento el olor a pan recién cocinado, el olor a levadura sigue en el aire y las manos de mi mamá siguen con los dejes que quedaron de la masa luego que ella amasara. La cocina siempre ha sido nuestro lugar. No importa cuántos años tenga yo ahora ni cuántas veces haya repetido esta escena, cuando cocinamos juntas, vuelvo a ser niña. Mi mamá prepara más cosas para cocinar y es casi una señal secreta, ya estamos aquí, ya empezó nuestro tiempo.

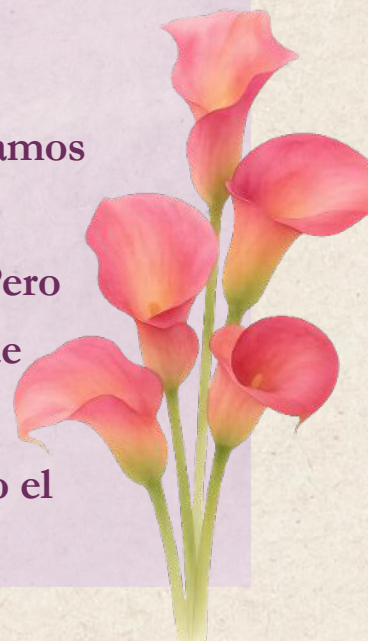
Ella prepara un batido con calma, como si no hubiera apuro en el mundo. Yo la observo mientras espero para seguir yo, pongo el sartén y espero, le pongo el batido que hizo recién mi mamá, y preparo los panqueques. Ella a veces me corrige, otras solo me mira y sonríe. En ese gesto entiendo cosas que no se dicen, que crecer no rompe los lazos, que seguir necesitando no es una debilidad.

Mientras el olor se esparce por la casa, pienso que mi mamá me enseñó a cocinar sin enseñarme del todo. Me mostró que cuidar también es estar, que la maternidad se parece a ese acompañar silencioso que no invade, pero sostiene. Ella no me quita la sartén de mis manos, la deja ahí, confiando.

—Así está bien —me dice.

Y esa frase, tan simple, me acomoda por dentro.

Cocinar con ella es una forma de conversación distinta. Hablamos de cosas pequeñas, qué le falta a la comida, cómo estuvo el día, cómo nos sentimos hoy, qué podemos cocinar después. Pero entre palabra y palabra hay algo más profundo, la seguridad de que este espacio es seguro, de que puedo equivocarme y volver a intentar. Mi mamá sigue ahí, a mi lado, compartiendo el mismo fuego, sabe que no estoy bien.





A veces la observo sin que se dé cuenta. Sus manos ya no se mueven igual que antes, y en esos gestos lentos veo no solo a mi mamá, sino a ella como mujer, cansada a veces, sensible siempre, sosteniendo sin hacer ruidos, a veces me gusta cocinarle solo a ella, dejar que descansa y que pruebe algo rico. En ese momento me doy cuenta de que la maternidad no se terminó cuando crecí, solo cambió de forma. Ahora es confianza, es compañía, es esos susurros mientras hacemos la comida, cocinar juntas sin prisa.

Cuando apagamos la cocina, no siento que el momento se acabe. Sé que mientras ella esté, mi corazón se puede reconstruir, y cada comida será también un recuerdo. Y entiendo, por fin, que amar así, como lo hace ella, de forma sincera y sin prejuicios, el quedarse, acompañar y compartir, es la herencia más profunda que mi mamá me puede dejar.

Y al final, cuando la cocina queda en silencio y solo persiste el calor, me reconozco en ella, una Pamela chica como me dicen. En su forma de mirar, en lo distraída, olvidadiza, en la paciencia, en la sensibilidad que a veces pesa, en la fragilidad que no es debilidad, en la amabilidad que prioriza a otros incluso cuando nadie lo pide, en el amar sin esperar. Me parezco a mi mamá en más cosas de las que digo en voz alta, y hoy se

lo agradezco. Gracias por enseñarme a amar sin dureza, a cuidar sin poseer, a estar sin exigir. Si soy capaz de sentir así, de quedarme, de acompañar y de pensar primero en los demás, es porque ella me amasó con ese mismo cuidado con el que prepara el pan.

Esa es la receta que no quiero olvidar.



“Entendí entonces el papel mediador de la madre, el sentido de la mediación necesaria. Papel mediador de la relación entre su obra y el mundo, al margen de los contenidos: al margen de que una haga o no haga lo mismo que ella. Relación mediadora entre mí y el mundo en el que quiero hacer algo significativo y preferiblemente original y sensato, no condenado a la excentricidad; mediadora porque soy su obra pero no soy igual que ella.”

*María Milagros Rivera Garretas*



## Juana de las Mercedes Medina Díaz

Juana (mi querida mamá Juanita) es una de las personas más resilientes que he tenido la fortuna de tener en mi vida. A pesar de que el mundo se cae a pedazos sobre ella, siempre mantiene esa aura de “no te preocupes, yo puedo con esto”. Su amor y preocupación por su familia es incondicional, tanto que incluso supera el que tiene por sí misma.

Siempre busca el bienestar para los suyos, incluso si eso implicara aprender e incluso re- aprender junto con nosotras y nosotros.

Ella posee un alma extremadamente amable y sincera. Le gusta el color negro y Arjona (desde pequeña a sido su cantante favorito). No le gustan las películas, pero le encantan las comedias de la TV nacional. Siempre se da el tiempo para estar con todos los integrantes de su familia y nos soporta y escucha (a mi hermano y a mí misma) todos los días cuando despoticamos sobre cualquier tema random que se nos ocurra.

Considero que ella es la estrella que se ocupa de mantenernos al resto en órbita. Ella es nuestro sol incluso si ella misma no se llega a considerar como tal.

# Las no-trivialidades de la costumbre

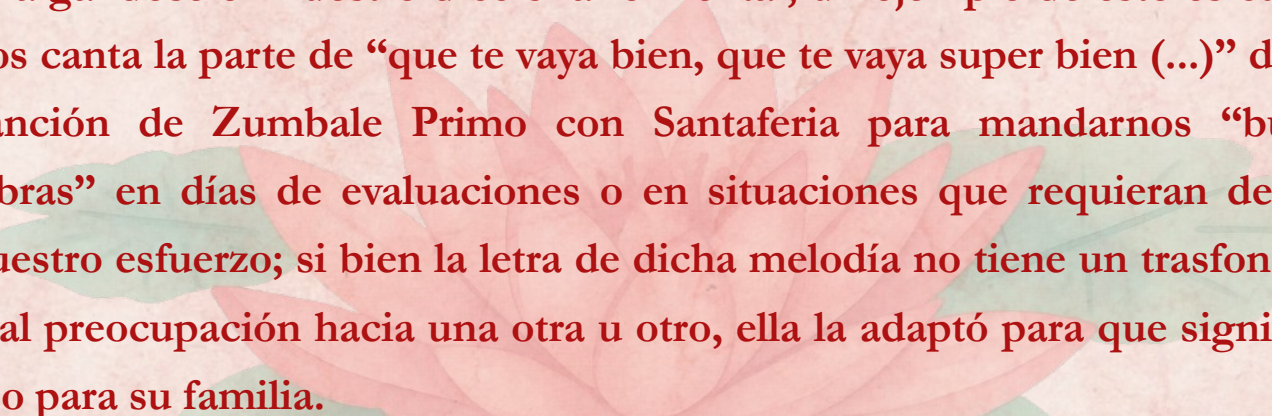
Por Nayaret Leiva Medina

Actualmente puedo asegurar que mi madre es una de las personas más importantes e inspiradoras en mi vida, pero la culpa me obliga a aclarar que esto no siempre fue así. Lo que más recuerdo de nuestra relación se basa principalmente en mi etapa adolescente, donde la vida pierde color y una misma comienza a cuestionarse sobre las situaciones que acontecen a nuestro alrededor. Siempre aparece en mi mente su imagen agotada y cansada, anotando los gastos del día en su cuaderno y con su ceño profundamente fruncido debido a las migrañas y al descuadre en las cuentas.

Antes interpretaba estas acciones nacidas de la frustración como una falta de amor o cariño por su parte; su día se basaba en reaccionar contestataria ante todos (principalmente por mi padre y mi tío materno) y todas aquellas que se cruzaran en su camino. Ella siempre intentó ser la que estaba ahí para las y los suyos, hasta que esa situación la carcomió hasta la enfermedad. Nunca me detuve a pensar en el sacrificio que hizo por intentar mejorar la vida del resto de su familia, dejándose siempre a sí misma a un lado; hasta que estuvimos a punto de perderla. Es doloroso recordar aquel día donde me contaron que estaba enferma; me dijeron “cáncer de estómago” sin siquiera intentar maquillar la verdad porque ya no había motivo para hacerlo: ella podía morir solo por omitir sus propias dolencias en búsqueda de aliviar las del resto.

Aquellas fiestas de fin de año luego de su operación gástrica fueron las más tristes de mi vida (incluso al hacerles mención en este escrito me provoca soltar algunas lágrimas), pero esas mismas noches y días se nos iban solo en hablar sobre las palabras y reacciones que ella hubiera tenido de haber estado con nosotras y nosotros.





Mi madre siempre ha sido más de palabras que de acciones. Por lo menos yo soy partidaria de pensar que hay distintas maneras de demostrar amor, y su manera particular siempre ha sido mediante sus distintas formas de expresar preocupación. Nunca nos faltó (ni falta) un “lleva polerón porque va estar helado a la noche”, “llámame cuando llegues y escíbeme para no preocuparme”, “mándame la dirección de donde vas y avísame quienes van a ir contigo”; también están las frases que adopta de memes o de canciones y que, en consecuencia, se nos pegan a mi hermano y a mí arraigándose en nuestro diccionario mental, un ejemplo de esto es cuando nos canta la parte de “que te vaya bien, que te vaya super bien (...)” de una canción de Zumbale Primo con Santaferia para mandarnos “buenas vibras” en días de evaluaciones o en situaciones que requieran de todo nuestro esfuerzo; si bien la letra de dicha melodía no tiene un trasfondo de real preocupación hacia una otra u otro, ella la adaptó para que significara eso para su familia.

Hay muchos dichos y palabras que siempre me llevan a pensar en ella, incluso si estas no son de mi agrado, como su típico “ya se fundió ya” para aclarar que yo estoy molesta por alguna situación, o el clásico “cabreate po” para decirme que ya está harta de algo que yo esté haciendo, incluso adopta características estereotipadas de diversos grupos sociales como las “flaites” para hacer más agradable o divertida su reacción ante las cosas que hacemos o decimos: un “a onde la viste/ a dónde la viste”, un “shaa” o un “sí claro”, siempre acompañados de gesticulaciones exageradas. Inclusive hay veces donde ella me dice “monita” a modo de cariño o me cuenta sobre su vida como si fuéramos amigas muy cercanas.

Antes de su enfermedad nunca me detuve a pensar en estas cosas triviales que, para mí, ya no lo son para nada. Estos detalles conforman su personalidad y su manera de amarnos, y de haber sido más consciente de esto cuando era más joven, hubiera grabado en mi memoria más momentos buenos que malos. Jamás me detuve a pensar en estos pedacitos de sí misma que me entrega cada día y eso me dolerá por siempre. Cada vez que estoy sola o recordando situaciones del pasado me pregunto: ¿Por qué tuve que verla al borde de la muerte para darme cuenta de la importancia que tiene su presencia en mi vida incluso en cosas tan cotidianas como un “buenos días”?

Como mencioné anteriormente, soy partidaria de que cada persona tiene su manera única de demostrar amor, pero lo que no conté son los muchos llantos y años de terapia que me costó darme cuenta realmente del peso de estas palabras. Ahora sé que nunca hay detalles insignificantes cuando se trata de amar; mi madre cada día de su vida, incluso si estaba frustrada o enojada, dejaba entrever el cariño que realmente sentía por mí y su familia. Las trivialidades no existen, no cuando se trata de ella.





**Elizabeth Aurora  
Fuentealba Albornoz**



Elizabeth es una mujer fuerte y apasionada, una emprendedora desde la cuna. Puede resolver problemas siempre que se lo propone, le encanta el color negro y, aunque tiene una apariencia que impone respeto, posee en su interior un corazón sensible.

Es capaz de reinventarse para surgir, siempre pensando en aquellos que ama y en el bienestar de nuestra familia.

Destacando con su labial color vino y su cola de caballo.

# **Mi rutina diaria**

**Por Leyra Olguín Fuentealba**

**Nacer y sentir. Nacer y crecer.**

**Un ritmo a seguir para ver florecer.**

**Me quedo contigo, escucho el sonido.**

**Tic-tac se escucha, vas tarde a la lucha.**

**Un pelo liso se despierta y una cola se presenta.**

**Maleta llena con destrezas y un par de galletas.**

**Caminamos 3 mundos interconectadas.**

**Lamentablemente no tiene acceso al portal.**

**Pronto volverá la conexión.**

**Un par de horas flotando, con la duda del futuro.**

**¿Será cruel el destino? Esperemos que no.**

**Con pinzas seleccionaba, materiales y herramientas.**

**Llegaba el momento de la construcción, tenía que verlo.**

**Una pizca de algo café, la suma de unas varillas y un huevo.**

**Mi plato favorito, tuvimos suerte con el rito.**

**En la mesa dos platos, habría tres, pero ahora no.**

**En total seremos 4 esta noche, pero ahora no.**

**Sólo nosotras. Deseando ser más. Pronto cambiará.**

**Una torre de chocolate espera ser derretida.**

**Lucho sin pensarlo.**

**Satisfecha me despido luego de la batalla.**

**Hacia un mar sedoso que me hace compañía.**



**En ocasiones.**

**Un llanto aguantar, un par la verdad.**

**Con abrazos y susurros consolar.**

**Monstruos se presentaron, pero fueron alejados.**

**No tienen permitido entrar, tras la puerta se deben quedar.**

**Mamá dice que no pueden pasar.**

**Y pasaron los años.**

**Actualmente es distinto, la rutina cambió.**

**Ya no despertamos a la vez.**

**El pelo tengo que peinarlo yo.**

**Ya no caminamos juntas a la escuela.**

**Los almuerzos juntas se hicieron escasos.**

**Algunos monstruos siguen queriendo entrar.**

**Pero ella sigue acá para luchar.**

**Algo sí tengo claro.**

**No hay presión, sólo gran expectación.**

**Surgir y brillar, eso hay que lograr.**

**Juntas como equipo se podrá.**





**Norma del Carmen Quinteros  
Jorquera**



Norma posee una fortaleza gigante que a menudo subestima. Creció rápido al convertirse en madre muy joven y ha trabajado toda su vida, incluso cuando su cuerpo le pide un descanso. Es intensa y detallista. Demuestra su amor con regalos y se preocupa profundamente por el bienestar del resto antes que el propio. Tiene una memoria privilegiada aunque a veces confunda los nombres de sus hijas. Es estricta, tal como su nombre lo sugiere, pero si bien puede ser dura al decir las cosas siempre estará cuando lo necesites y encontrarás en ella, si sabes buscar, una calidez que eclipsa a las tazas de té gigantes que tanto ama. Es inmensamente talentosa: tiene la voz más hermosa que haya escuchado y crea con sus manos las flores más bellas con limpiapipas, arcilla o a crochet. Ella sonríe más cuando está en el campo, lugar en que halla una calma y alegría que la sostienen. Por eso, al imaginarla feliz, se la puede ver en un sillón, con una ventana con vista al jardín de su madre, tejiendo a crochet, tomando té, riendo y cantando. Existiendo, pura y sencillamente, porque ella es infinitud y existencia.

# Carta a una Madre Viva

## Por Fernanda Urbina Quinteros



Querida mamá, te escribo desde nuestra antigua casa, esa que te vio llevarme en tu vientre y me vio crecer. Esta no es la primera vez que te escribo. Años anteriores has sido la protagonista de mis intentos de relatos y de mis intentos de poesía. En ese entonces mis palabras contenían tristeza, enojo, ira y una suma infinita de emociones acumuladas en la cabeza de una adolescente solitaria que no sabía a quién más culpar de su familia disfuncional. No te preocupes, de todas formas nunca los terminé, y nunca los leerás.

Probablemente te perturbará un poco el título. Es en parte mi intento de ser ingeniosa y en parte lo que siento que refleja esta situación. Aquí va mi explicación: somos una familia rara, fría y distante. Muchas veces creciendo me pregunté si realmente me querías, porque nunca lo decías. Crecí esperando con ansias mis cumpleaños porque era el día que me despertabas con un abrazo y me decías que me amabas. Más tarde comprendí que tienes otras formas de expresar tu amor por tus hijas e hijos, pero aún así, siempre te vi distante; admirable, inalcanzable e indestructible.

Siempre me he sentido ingrata, ¿sabes? Ignoré tus sacrificios por años, el cómo llegabas con tus manos negras por trabajar en las nueces, las tardes que pasabas sin comer porque decías “no me da hambre en el trabajo”, las quemaduras que cubren tu cara debido a años de exposición al sol, ignoré todo porque en mi mente de infante te creí la responsable de separar mi familia. Ahora, en su casa, me doy cuenta de que ni él es tan bueno ni tú fuiste tan mala.

Nuestra relación no era (ni es) perfecta. Hubo muchas cosas que no decía(mos) que no sabía(mos) cómo decir y que luego se malinterpretaron, se acumulaban, y nos herían. Pero a pesar de que tú no entendías mi necesidad de no compartir mis cosas, y yo no entendía tu necesidad de compartir las tuyas, me conoces como la palma de tu mano tras casi veintidós años viviendo bajo tu cuidado.

Sabes que si paso mucho tiempo sin comer me pongo mañosa, así que cada vez que salimos no faltan los desayunos, los almuerzos o los helados. Sabes que cuando digo que no estoy enojada en realidad estoy muy enojada así que solo esperas a que se me pase. Sabes de mi obsesión con el pie de limón, la mayonesa kraft y cuando tenía doce años y me obsesioné con los gatos y por eso seguiste comprándome cosas de gatos por años aunque ya no fuera una niña. Sin embargo, yo siempre quise conocerte más. Sé cuando estás cansada y necesitas ayuda, pero nunca me he sentido un gran aporte ni una gran merecedora de todas las cosas que haces por mí. Me diste mis dos nombres pensando en mi papá y no te molestaste cuando decía que él era mi favorito, porque no me retaba, porque con él podía respirar sin estar aferrada a todas esas Norma(s), que, como tu nombre, imponías.

Siempre sacabas de hasta donde no tenías para ayudarme, para que a tu hija no le faltara nada. Siempre preocupada por el resto, actitud que heredaste de mi abuela, nuestra Norma mayor, y que yo nunca entendí, porque nadie te lo agradecía, porque seguían hablando mal de ti, porque solo buscaban algo de ti. No puedo evitar sentirme cómo esas personas, no sé qué hacer por ti, no sé cómo deshacerme de la necesidad de agradecerte todo lo que haces, hasta que no lleguen los comentarios de las personas que insisten en que cometiste un error al malcriarme, hasta que te olvides de todas las veces en que otras personas te fallaron.

Y ahora estoy acá. El lugar al que siempre quise volver. No llores, sé que no me estás echando. No te preocupes, prometo visitarte muy seguido. Siento que este lugar siempre me esperó, pero ahora no sé qué sentir. No hay nadie que me pregunte por mi día, que sepa cuando estoy enojada, que hable conmigo, que coma conmigo, que viva conmigo. Hacías de un almuerzo la comida más especial porque comíamos juntas. Mientras sacabas los platos para servir yo preparaba las ensaladas y poníamos la mesa.



Una coreografía bien ensayada que me hacía sentirme más cerca de ti, más que cualquiera de tus hijas. Siempre pensé que compartimos un vínculo más especial, irrompible y eterno. Nací a las 42 semanas y ahora pienso que solo quería permanecer más tiempo dentro para no separarme de ti.

Ahora estoy en esta casa llena de recuerdos, esperando que las cosas vuelvan a ser como cuando tenía siete, buscándote en todas partes. Te veo en los espacios que solíamos compartir juntas: la ventana en la que estaba el sillón en el que me peinabas, la pieza gigante que solíamos compartir, que ahora se dividió en dos espacios para mí y para mi hermano, el agujero en la pared de la cocina a través del que te veía cocinar mis fideos con salsa, la flor de la pluma con la que ayer soñé y que nunca volverá a ver otra primavera, el tronco que queda en el patio del árbol que mi papá cortó cuando tú te fuiste, el que ya no me protege con sus ramas y en el que ya no florece nada. Te tengo presente en todas partes, en las poleras anchas que me regalaste, en las canciones de Marisela que no sabía que conocía de memoria, los espejos que reflejan nuestro tono de piel y el lunar de mi nariz, que es un calco de la tuya.

Mamá, soy una persona ausente, ¿sabes que siempre te hablo en mi cabeza? Siempre tengo presente las cosas que me gustaría que supieras, que me gustaría decirte. Mamá, siempre existió una barrera que me hacía retroceder, que me hacía callar. Sé como te dolía cuando prefería abrirme con otras personas, como no podía hablarte aunque lo intentara. Pero, ¿qué podemos hacer? Como dije, somos una familia rara, fría, rodeada de cahuines, nunca fuimos de las que hablaban directamente de las cosas importantes. Y tenía miedo. Tengo miedo. Querida mamá, sé que algún día podré decirte las cosas que callo, mis miedos, preocupaciones, mis heridas. Solo espérame.

Espera hasta que un día pueda ser la mitad de la tremenda mujer que tú eres para sentir que merezco algo de lo que me das. Espera a que pueda decir que te amo sin ocultar mi cara en tu cuello. Espera a que sea capaz de leerte esta carta.

Querida mamá, sé que nadie tiene la vida asegurada, pero espero que vivas conmigo muchos años, por siempre. Por favor, espérame, tengo muchas cosas que decirte. Espérame con una taza de té en nuestras tazas gigantes y ese perfume que huele a ti, que huele a mamá, que huele a Norma.

Espérame.



“Pienso que la práctica del adorno es un lenguaje que vincula a la hija con su madre, con quien le dio cuerpo y palabra.”

*María Milagros Rivera Garretas*





Querida profesora Andrea Soledad Franulic Depix:

Queremos empezar dándole las gracias por abrir un espacio tan único y memorable que no solo nos enseña, sino que también nos transforma como mujeres. En sus clases aprendimos que el lenguaje respira, incomoda, abraza y también repara. Aprendimos a habitar nuestras propias voces sin pedir permiso, a escribir desde ahí donde duele y desde donde, aun así, se vuelve posible decir.

Su forma de mirarnos —atenta, crítica, profundamente humana— ha ido dejando huellas que no buscan borrarse. Huellas que nos empujan a pensarnos de nuevo, a desarmar lo dado y a nombrarnos con un cuidado que nace desde adentro, como si por fin reconociéramos el peso y la ternura de nuestras propias palabras.

Agradecemos la delicadeza con la que sostiene cada instancia, la confianza que deposita en nosotras y la honestidad con la que comparte su voz, siempre abierta, siempre en movimiento.

Nos quedamos con eso: con la certeza de que vendrán nuevas generaciones que podrán cobijarse bajo el abrigo de su presencia.

Siempre es y será un gusto compartir con usted.

Desde su más sincero cariño:  
Agatha, Daniela, Fernanda, Issis, Javiera, Leyra, Martina, María  
José, Nayaret, Sofía y Valentina.



**Electivo de Lingüística Feminista 2025**  
**Facultad de Humanidades**  
**Pedagogía en Castellano**

